

## [LIBRO CONTRA AUXENTIUM.]

### ADVERTENCIA SOBRE EL LIBRO CONTRA AUXENTIUM.

I. En este libro, como diría Jerónimo (de Scrip. eccl.), Hilario informa a los católicos sobre sus acciones con Auxentio en Milán. Es imposible que haya sido escrito en tiempos de Constancio, antes del año 361, aunque las palabras de Facundo de Hermiane (Facundus, t. III Spicil., p. 118) puedan parecerlo. Tampoco es veraz la opinión de Baronio y Blondel, que lo sitúan en el año 569, ya que Hilario, según Jerónimo, Sulpicio Severo y Gregorio de Tours, ya había fallecido. Ambos fueron engañados por una lectura errónea de ediciones anteriores, donde Auxentio escribía en el número 12: no debería romperse la unidad de 600 obispos después de tantos esfuerzos por la disputa de unos pocos hombres, ABANDONANDO LOS DECRETOS de hace diez años, como si se quejara del desprecio de los decretos de Rímimi promulgados diez años antes. Sin embargo, de esa misma lectura ya corregida, se puede discernir más acertadamente el tiempo de esta obra. Pues, en lugar de abandonando los decretos de hace diez años, debe leerse abandonados hace diez años; y como Auxentio aclara a quiénes se refiere con esos abandonados en las últimas palabras de su carta: Así conocerá vuestra Serenidad que quienes ya hace tiempo fueron depuestos, es decir, Hilario y Eusebio, intentan crear cismas en todas partes: de aquí se sigue que la carta de Auxentio, y por ende el resto de la obra, fue escrita diez años después de que esos dos valientes prelados fueran depuestos. Pero nadie ignora que Eusebio fue expulsado por el concilio de Milán del año 355, y Hilario por el de Béziers del año 356.

II. Además, para determinar con mayor certeza el tiempo de esta obra, conviene investigar cuándo estuvo Valentiniano en Milán. Pues es evidente que el encuentro de Hilario con Auxentio tuvo lugar mientras él estaba allí. Valentiniano estuvo en Milán en el año 364, como lo demuestran los rescriptos emitidos allí ese mismo año en las calendas de junio, el 13 de las calendas de julio, el 14 de las calendas de septiembre, el día antes de las nonas de noviembre, así como el 15 y el 7 de las calendas de diciembre. También está claro por varios rescriptos que pasó la mayor parte del año siguiente en la misma ciudad. Además, según el testimonio de Amiano (lib. XXVI, c. 6) y varios otros documentos, Valentiniano llegó a París en noviembre del año 365 y no dejó las Galias en los años siguientes. Por lo tanto, dado que es evidente que el mencionado encuentro tuvo lugar antes de noviembre del año 365, solo queda investigar si ocurrió en el año 365 o en 364. No se puede definir con certeza ninguno de los dos; sin embargo, el último, considerando la ocasión de este encuentro y la serie de eventos que se desarrollaron, parece mucho más probable.

III. Eusebio de Vercelli, según Rufino, lib. I Hist. Eccl., cap. 30, después del concilio de Alejandría del año 362, al regresar a Italia, encontró a nuestro Hilario allí trabajando diligentemente para restaurar las iglesias de esta región, y se unió a él en esta obra. Y aunque no hay duda de que esos dos hombres se esforzaron especialmente en liberar a Italia de Auxentio como si fuera una plaga maligna, tampoco hay duda de que ese hereje, que sabía cómo simular la fe según el momento, tan pronto como tuvo la oportunidad con el nuevo emperador, intentó desacreditarlos ante él, previendo que de ellos le vendría la ruina. De ahí que difamara a Hilario y Eusebio ante el emperador (número 14) como autores de cismas y perturbadores de la iglesia de Milán; mientras que a sí mismo (número 5), que junto con el Rey profesaba a Cristo como Dios y verdaderamente Hijo de Dios engendrado antes de los tiempos (número 12), injustamente le imputaban la nota de herejía. Entonces (número 6) el rey, amante de la paz, que tal vez, al igual que consideraba ajeno a su clemencia arrebatarle por la fuerza las iglesias ocupadas por Auxentio con su llegada, también consideraba indigno de su majestad real que él mismo ejerciera el culto de su religión en rincones: se congratuló

de que Auxentio afirmara, según él, la fe católica, y que con su llegada pudiera reunir en una sola comunión al pueblo que hasta entonces había aborrecido a su obispo. Así que sin demora, con un edicto (Ibid.) severo, prohibió que en adelante se perturbara la iglesia de Milán. Hilario, considerando que no debía obedecer a este edicto, también sugirió con insistente interpelación que Auxentio creía de manera diferente a lo que el rey y todos los demás pensaban. De ahí el encuentro, cuyas acciones se narran en este libro, celebrado por orden del rey. Y todo esto, que se puede deducir o al menos intuir de las mismas palabras de Hilario, se ajusta mucho más al tiempo en que Valentiniano llegó por primera vez a Milán, y por ende al año 364, que al siguiente.

IV. No debe preocupar que Auxentio llame a Eusebio e Hilario depuestos o destituidos hace diez años. Pues esas palabras son de un hereje en el calor de la disputa, que para mejorar su causa habla hiperbólicamente: así como poco antes no se avergüenza de jactarse de la unidad de 600 obispos del Concilio de Rímini (donde, según Sulpicio, y coincidiendo con Atanasio (Sulp. pág. 252, Athanas. de Syn. pág. 874, y epist. ad Afr.), no se reunieron muchos más de cuatrocientos, e incluso según Maximino el arriano (apud Augustin. coll. cum eodem Maxim. n. 2) solo se reunieron trescientos treinta) (número 12). Pero no sé si un hombre tan dispuesto a simular la fe se habría atrevido a alabar con tanta confianza ese sínodo, que luego fue rechazado por todos, en el año 365.

V. Para completar este Tratado se echa de menos un libelo que Hilario afirma haber presentado al rey y adjuntado a su carta (número 6): también se echa de menos la fe de Rímini, que Auxentio menciona haber entregado a Valentiniano junto con su libelo al final del mismo.

VI. Tampoco faltaron quienes dudaran si teníamos la exposición genuina de la fe de Auxentio, cuyo ejemplo se promete en el número 9. Aunque el libelo de Auxentio que se adjunta al final de esta carta lleva este nombre, en él no se encuentran las palabras ambiguas, nacido Dios verdadero hijo, que Hilario, en el número 7, revela y reprueba como fraudulentamente compuestas para engañar. Además, en ese mismo libelo parece haber un profundo silencio sobre los hechos de Nicea en Tracia, que sin embargo, como se desprende del número 7, Auxentio testimonia que son sagrados desde el comienzo de su discurso.

VII. Pero esa primera y principal razón para dudar ya no existe, cuando la ambigüedad de las palabras se ha restaurado a partir de un códice antiquísimo de San Pedro en el Vaticano. La otra, nacida de la diversa denominación de un mismo sínodo, se resuelve fácilmente. Pues lo que Auxentio jacta mendazmente de los hechos de 600 hombres en Rímini para exaltar su fe, Hilario lo proclama como de muy pocos en Nicea en Tracia para deprimirla. En realidad, la fe del Concilio de Rímini no es otra que la promulgada en Nicea de Bitinia; no hay hechos propiamente dichos, excepto aquellos en los que los seguidores de Arrio son anatematizados. Sin embargo, como la fórmula acuñada en Nicea de Tracia, y suscrita por pocos, fue finalmente impuesta por la fuerza en Rímini; Hilario, que antes la había llamado de Nicea en Tracia, también permite que se llame del sínodo de Rímini con estas palabras, Pero no digamos nada del sínodo de Rímini, a las que añade inmediatamente, que ha sido religiosamente disuelta por todos: también muestra suficientemente que la causa de Auxentio no se ve favorecida por esta razón.

VIII. Así que, por esos dos motivos que hacían parecer dudoso el libelo de Auxentio, ahora se le atribuye con mayor certeza. Todo lo demás también concuerda. Pues en él, el astuto hereje, en el número 13, profesa lo que Hilario señala que afirmó, que nunca conoció a Arrio. También testimonia, en el número 14, que Hilario, ya depuesto, no debería tener el papel de

acusador o juez: lo cual el valiente confesor de Cristo narra que le fue objetado, en el número 6. Aunque Hilario refuta algunas cosas como afirmadas por Auxentio que no están en su libelo, sin duda se refieren a los mismos hechos de Nicea de Tracia o Rímini, que él, habiéndolos abrazado de todo corazón, se había encargado de adjuntar a su libelo.

IX. Toda esta obra en un códice antiguo de la iglesia de Chartres se titula: Carta a los Católicos sobre Auxentio: en otros cinco: Tratado o libro contra Auxentio el arriano obispo de Milán. Esto es apoyado por Jerónimo, quien lo llama un elegante libelo contra Auxentio. El título común: Contra los arrianos o Auxentio de Milán, libro, se ha expresado a partir de un manuscrito muy antiguo de San Pedro de la Ciudad. En realidad, es una carta a los católicos contra los arrianos, como se ve en el comienzo; pero específicamente contra Auxentio, sobre cuyas acciones con él Hilario advierte a los católicos. En todo esto, se comporta con un ánimo sereno y reverente hacia el Emperador, de quien había sufrido injusticias; deja claro que no sabe enojarse por su causa, y con su ejemplo confirma que se debe mostrar la máxima reverencia a los príncipes: y especialmente se les debe perdonar cuando pecan por imprudencia o error.

### 593-594 SAN HILARIO CONTRA LOS ARRIANOS, O AUXENTIO DE MILÁN, LIBRO ÚNICO. (C)

A los amadísimos hermanos que permanecen en la fe paterna, y que detestan la herejía arriana, obispos y a todos los pueblos, Hilario, vuestro consiervo en el Señor, eterna salvación.

1. Hilario intenta en vano establecer la verdadera paz.---El nombre de paz es ciertamente hermoso, y la opinión de unidad es bella: pero ¿quién duda que la única unidad y paz de la Iglesia y los Evangelios es la que es de Cristo? La que habló a los Apóstoles después de la gloria de su pasión (Juan XX, 19), la que como prenda de su mandato eterno encomendó al partir, esta, hermanos amadísimos, hemos procurado buscar cuando se perdió, componer cuando se turbó, y mantener cuando se encontró. Pero ni los pecados de nuestro tiempo ni los precursores y ministros del inminente anticristo han permitido que seamos partícipes o autores de esta misma paz: quienes se jactan de su paz, es decir, de la unidad de su impiedad, actuando no como obispos de Cristo, sino como sacerdotes del anticristo.

2. Hay muchos anticristos.---Y para que no se nos acuse de usar palabras maldicientes contra ellos, no callamos la causa de la perdición pública, para que no sea desconocida por nadie. Sabemos, por la predicación del apóstol Juan, que hay muchos anticristos (I Juan II, 18). Pues quien niega a Cristo tal como fue predicado por los apóstoles, es un anticristo. La propiedad del nombre de anticristo es ser contrario a Cristo. Esto ahora se logra bajo la apariencia de una falsa piedad, esto se trabaja bajo la apariencia de la predicación evangélica, para que el Señor Jesucristo, mientras se cree que se predica, se niegue.

3. La Iglesia no fue fundada con ayudas humanas.---Y primero, es lícito compadecerse del trabajo de nuestra época, y lamentar las necias opiniones de los tiempos presentes, en las que se cree que las cosas humanas patrocinan a Dios, y se trabaja con ambición secular para proteger la Iglesia de Cristo. Os ruego, obispos que creéis ser esto, ¿con qué sufragios usaron los apóstoles para predicar el Evangelio? ¿Con qué potestades ayudados predicaron a Cristo, y trasladaron casi todas las naciones de los ídolos a Dios? ¿Acaso asumían alguna dignidad del palacio, cantando himnos a Dios en la cárcel entre cadenas y después de los azotes; y Pablo, con los edictos del rey, congregaba la Iglesia de Cristo cuando él mismo era un espectáculo en el teatro? ¿Se protegía, creo, con el patrocinio de Nerón, o Vespasiano, o

Decio? Cuya confesión de la divina predicación floreció en el odio hacia nosotros. Ellos, alimentándose con sus manos y obras, reuniéndose en cenáculos y lugares secretos, recorriendo casi todas las aldeas y pueblos por tierra y mar contra los decretos del senado y los edictos de los reyes, ¿no tenían las llaves del reino de los cielos? ¿O no se manifestó entonces claramente la virtud de Dios contra los odios humanos, cuando Cristo fue predicado tanto más cuanto más se prohibía predicarlo?

4. Se reprueba la violencia contra la fe.---Pero ahora, ¡ay de mí! la fe divina se recomienda con sufragios terrenales, y Cristo, falto de su virtud, se acusa a sí mismo mientras se le concilia la ambición a su nombre. La Iglesia aterroriza con exilios y cárceles: obliga a creer en ella, que fue creída por los exilios y cárceles. Depende de la dignación de los que comunican, que fue consagrada por el terror de los perseguidores. Expulsa a los sacerdotes, que fue propagada por los sacerdotes expulsados. Se gloria de ser amada por el mundo, que no pudo ser de Cristo, a menos que el mundo la odiara. Esto ha clamado la misma realidad que está ante los ojos y en la boca de todos, en comparación con la Iglesia que nos fue entregada en otro tiempo y que ahora se ha perdido.

5. El tiempo del anticristo ya ha llegado.---Pero brevemente expondré lo que no debe ser ignorado por más tiempo. Según la plenitud que agrada a Dios, los tiempos han sido acotados. Pues la razón de ellos se enseña en los libros celestiales: y es necesario que hayamos caído en la misma época del anticristo, cuyos ministros, según el Apóstol (II Cor. XI, 14), transformándose en ángeles de luz, borran de casi todos los sentidos y conciencias al que es Cristo. Pues para que la afirmación del error sea cierta, se prefiere la opinión incierta de la verdad: y sea ya accesible al anticristo, engañar diciendo que él es Cristo, sobre quien hasta ahora ha habido disensión. De ahí esas diversas opiniones, de ahí la predicación de muchos bajo la fe de un solo Cristo, de ahí el reciente espíritu de Arrio transformado de ángel del diablo en ángel de luz: cuya herencia ha pasado y fluido completamente a Valente, Ursacio, Auxentio, Germinio, Gayo. Pues ellos ahora han introducido a su nuevo Cristo, por quien el anticristo se infiltra.

6. Opiniones de Auxentio, Valente, etc., sobre Cristo. La herejía aún no daña al pueblo.--- Quieren que este su Cristo no sea de la misma divinidad que el Padre; sino que sea una criatura poderosa y superior a las demás criaturas, y que haya existido por la voluntad de Dios desde la nada: y que antes de todos los siglos, y antes de todo tiempo, haya nacido de Dios como Dios; pero que no sea de la sustancia de Dios, ni se entienda en él la verdad de la divinidad y majestad de su nacimiento, que es de Dios; para que, así como el Padre es verdadero Dios, así el Hijo sea verdadero Dios: para que lo que se predica en los Evangelios que el Hijo y el Padre son uno (Juan X, 30), sea solo en la sociedad de la voluntad y el amor, no en la verdad de la divinidad. Si en el Hijo no es la misma que es de Dios, para que en la confesión de fe haya un solo Dios; ¿por qué confiesan al Hijo como Dios, por qué antes de los tiempos y siglos, a menos que el nombre de Dios esté destinado a cada santo por la indulgencia de la eternidad? ¿O no son verdaderamente hijos de Dios todos los regenerados, o no fueron creados antes de todos los tiempos y siglos los ángeles, creados por Cristo? Pero para introducir al anticristo con menor envidia, y para que los miserables crean, atribuyen a Cristo el nombre de Dios; porque esto también se ha atribuido a los hombres: confiesan al verdadero Hijo de Dios; porque por el sacramento del bautismo cada uno se perfecciona como verdadero Hijo de Dios: confiesan antes de los tiempos y siglos; lo cual no se puede negar de los ángeles y del diablo. Así, al Señor Cristo solo se le atribuyen aquellas cosas que son propias de los ángeles o nuestras. Pero lo que es legítimo y verdadero para Cristo Dios, que Cristo es verdadero Dios, es decir, que la divinidad del Hijo es la misma que la del Padre, se niega. Y hasta ahora, con el fraude de esta impiedad, se logra que ya bajo los sacerdotes

del anticristo el pueblo de Cristo no perezca, mientras creen que eso es de la fe, que es solo de la voz. Escuchan que Cristo es Dios; creen que es lo que se dice. Escuchan que es el Hijo de Dios; creen que en el nacimiento de Dios está la verdad de Dios. Escuchan antes de los tiempos; creen que eso mismo es antes de los tiempos, que es siempre. Los oídos del pueblo son más santos que los corazones de los sacerdotes. Si los arrianos predicaban a Cristo como verdadero Dios, han confesado a Dios sin fraude: pero si dicen que es Dios, y niegan que es verdadero; atribuyen el nombre, y quitan la verdad.

7. Acciones de Hilario con Auxentio en Milán. Auxentio confiesa la consubstancialidad.--- Aunque, por tanto, todas las cartas de las iglesias y los libros ya están llenos de sus blasfemias impiísimas: no se debe callar lo que sucedió recientemente. Cuando el santo (ms. Carn. santísimo) rey, con un edicto severo, ordenó que no se perturbara la iglesia de los milaneses, que confiesa a Cristo como verdadero Dios y de una sola divinidad y sustancia con el Padre, bajo la apariencia y voluntad de unidad; también con una interpelación insistente sugerí que Auxentio era blasfemo, y debía ser considerado enemigo de Cristo: y añadí que él creía de manera diferente a lo que el rey mismo o todos los demás pensaban. Con lo cual el rey, conmovido; ordenó que fuéramos escuchados por el Cuestor y el Maestro, con la presencia de casi diez obispos con nosotros. Y primero, como suele hacerse en el foro, calumnió mi persona, diciendo que había sido condenado por Saturnino, y que no debía ser escuchado como obispo. No es el momento ahora de relatar lo que se respondió a esto: pero quienes escuchaban entonces, decidieron que debía tratarse sobre la fe, como había agradado al rey. Y cuando ya estaba en peligro de negar; Auxentio profesó creer que Cristo es verdadero Dios, y de una sola divinidad y sustancia con Dios Padre. Por lo tanto, se decidió escribir esto, y para que no se olvidara lo que se había dicho en la memoria de los oyentes, inmediatamente ofrecí un libelo al rey a través del Cuestor, en el que se contenía lo que se había acordado: y para que no se me acusara de mentir, adjunté ejemplos del mismo. A todos les agradó que Auxentio profesara esto mismo frecuentemente: quien, para que lo escribiera él mismo, fue obligado. Quien, después de mucho reflexionar sus planes, eludió hábilmente la fe del rey: dio una escritura compuesta con el estilo del anticristo.

8. El escrito elude la fe que había confesado.---Pues primero, aquello que en Nicea de Tracia toda impiedad había disuelto, lo declara santo: afirmando que la violencia infligida a los obispos es la fe de la verdadera confesión. Niega también conocer a Arrio: aunque en Alejandría había comenzado a ser presbítero en la iglesia arriana, que Gregorio presidía. Pero sobre el sínodo de Rímni, que por todos fue religiosamente disuelto, no digamos nada: solo deben exponerse las invenciones del diablo. Cuando se decidió, por tanto, escribir que Cristo es el verdadero Dios, y que es de una sola divinidad y sustancia con el Padre: se propone tal sentencia por él, como por el más astuto diablo, que significaría que Cristo, antes de todos los tiempos, nació como verdadero Dios hijo: para que, según los arrianos, la verdad se refiriera al hijo, no a Dios. Y para que existiera una diferencia mucho mayor de esta significación, se añade, Del verdadero Dios Padre: para que en el Padre estuviera la verdad de Dios, y en Cristo solo se escribiera la verdad del hijo. Luego, al avanzar el discurso, se proclama una sola divinidad por Auxencio, y en ella no se confiesa también al Hijo: para que en el Padre solo, no también en el Hijo, estuviera la única divinidad.

9. Se divulga como si pensara correctamente. Hilario, al descubrir el engaño, es ordenado salir.---Se difunde entre los pueblos que Auxencio escribió que Cristo es el verdadero Dios, y de una sola divinidad y sustancia con el Padre, y que no disiente de la fe expuesta por mí: después de lo cual el rey se acerca a su comunión por la sinceridad de la fe. Pero cuando este misterio de impiedad, oculto por mucho tiempo, ya no se callaba, y yo decía que todo era

fingido, que se negaba la fe, que se engañaba a Dios y a los hombres; se me ordena partir de Milán, ya que no tenía libertad de permanecer allí contra la voluntad del rey.

10. Estas cosas, por tanto, Hermanos, a quienes el juicio de Dios está en temor, así las declaro que han sucedido. Auxencio, lo que temió negar, no quiso confesar: pues he adjuntado ejemplos de su exposición. Si escribió lo mismo, acusad al engañador: si en verdad escribió algo diferente de lo que profesó, comprended ya que Cristo es proclamado por él como otro, es decir, el anticristo. Jugó ciertamente con palabras, con las que podría engañar incluso a los elegidos; pero se manifiesta la profesión de tal impiedad.

11. Se expone la perfidia de Auxencio.---Niega predicar dos dioses, porque no hay dos padres. ¿Quién, según esto, no ve que la confesión de un solo Dios es propia del Padre solo, porque él es único? De donde también surgió ese estilo de Satanás: Conocemos a un solo verdadero Dios Padre. Y después de significaciones maliciosas, dice: Semejante, según las Escrituras, el Hijo a su padre engendrador. Si en algún lugar de los santos volúmenes esto está escrito, tiene la profesión de inocencia. Si en verdad el Hijo y el Padre son uno en la verdad de la divinidad, ¿por qué se antepone una opinión imperfecta de semejanza? Cristo es ciertamente la imagen de Dios: pero tampoco hay duda de que el hombre es imagen de Dios, ya que Adán fue hecho a imagen y semejanza de Dios. ¿Por qué tú, hereje de Arrio, concedes solo a Cristo lo nuestro? ¿Por qué engañas al Rey, a los Comités, a la Iglesia de Dios, con el arte de tu padre, es decir, de Satanás? Dices que Cristo es Dios: ¿por qué engañas en el nombre? Niega que Moisés fue llamado dios por el faraón. Hablas de Cristo como hijo y primogénito de Dios: niega que el primogénito de Israel sea hijo de Dios. Afirmas que Cristo nació antes de los tiempos: y niega que el diablo fue creado antes de los tiempos y las edades. Recuerdas que Cristo es semejante al Padre: niega que el hombre comenzó a ser a imagen y semejanza de Dios. Niega solo a Cristo lo que es, para que no sea el verdadero Dios y de una sola divinidad y sustancia con el Padre. Y estás acostumbrado, junto con tus maestros, a acusarme de hereje: expón, con las letras que puedas, la causa de mi impiedad, y presenta el título de mis blasfemias. Para mí, sin embargo, es anticristo aquel que no confiesa que el Hijo es de una sola divinidad con el Padre: y quien no predica así al único verdadero Dios Padre, para que también se entienda la verdad de la divinidad en el Hijo. Si Cristo y Dios son de una sola divinidad, ¿por qué no lo escribiste simplemente? Si para ti no lo son, ¿por qué no lo negaste simplemente?

12. Que no sea excesivo el amor por las paredes de la Iglesia.---Hermanos, hubiera deseado revelar el secreto de tan pestífero misterio yo mismo en lugar de a través de cartas, y explicar todas las blasfemias de Auxencio con cada palabra. Pero como eso no es posible, al menos que cada uno entienda lo que le es permitido. Muchas otras cosas me impide el pudor de la Iglesia exponer, y temo confiar a la carta las deshonras de las blasfemias arrianas. Una cosa advierto: cuidense del anticristo: pues malamente los ha capturado el amor por las paredes, malamente veneran la Iglesia de Dios en techos y edificios, malamente bajo estos imponen el nombre de paz. ¿Acaso es ambiguo que en estos se sentará el anticristo? Montañas para mí, y bosques, y lagos, y cárceles, y abismos son más seguros: pues en estos los profetas, ya sea permaneciendo o sumergidos, profetizaban por el espíritu de Dios. Apártense, por tanto, de Auxencio, ángel de Satanás, enemigo de Cristo, devastador perdido, negador de la fe: que así se la profesó al rey, para engañarlo; así lo engañó, para blasfemar. Que ahora reúna las sinodos que quiera contra mí, y me proscriba públicamente como hereje, como ya lo ha hecho muchas veces, y que prepare contra mí toda la ira de los poderosos: para mí ciertamente él nunca será otra cosa que el diablo, porque es arriano: ni se deseará jamás la paz de algunos, sino de aquellos que, según el tratado de nuestros padres en Nicea, anatematizando a los arrianos, proclamarán a Cristo como verdadero Dios.

## EJEMPLO DE LA BLASFEMIA DE AUXENCIO.

A los beatísimos y gloriosísimos emperadores Valentiniano y Valente Augustos, Auxencio obispo de la iglesia católica de los milaneses.

13. Auxencio llamado hereje.---«Yo, piísimos Emperadores, considero que no debe ser reabierto la unidad de seiscientos obispos después de tantos trabajos por la contienda de unos pocos hombres rechazados hace diez años, como también lo manifiestan los escritos. Pero si algunos del pueblo, que nunca habían comulgado, ni con los obispos que estuvieron antes de mí, ahora más excitados por Hilario y Eusebio, perturbando a algunos, me han llamado hereje: vuestra piedad ha ordenado conocer de estos hombres laudables, el Cuestor y el Maestro: y como he predicho, no tienen la persona de acusadores ni de juzgar a quienes una vez fueron depuestos (digo a Hilario y a quienes consienten con él): sin embargo, obedeciendo a vuestra Serenidad, he procedido a manifestar las falsedades de los que dicen, y blasfeman, y me llaman arriano, y como si no confesara que Cristo es el hijo de Dios Dios.

14. Expone su fe.---«He expuesto a los amigos de vuestra piedad mi confesión, primero satisfaciendo, porque nunca conocí a Arrio, no lo vi con mis ojos, no conocí su doctrina: sino que desde la infancia, como fui enseñado, como recibí de las santas Escrituras, he creído, y creo en un solo verdadero Dios Padre omnipotente, invisible, impasible, inmortal: y en su hijo unigénito nuestro Señor Jesucristo, antes de todos los siglos y antes de todo principio nacido del Padre DIOS VERDADERO HIJO del verdadero Dios Padre, según lo que está escrito en el Evangelio: Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único verdadero Dios, y a quien enviaste, Jesucristo. Pues por él fueron hechas todas las cosas, visibles e invisibles. Que descendió de los cielos por voluntad del Padre para nuestra salvación, nacido del Espíritu Santo y de María Virgen según la carne, como está escrito, y crucificado bajo Poncio Pilato, sepultado, resucitó al tercer día, ascendió a los cielos, está sentado a la derecha del Padre, vendrá a juzgar a vivos y muertos. Y en el Espíritu Santo Paráclito, que el Señor y nuestro Dios salvador Jesucristo envió a los discípulos, el Espíritu de verdad. Así he creído, y creo, así como al ascender a los cielos el único hijo de Dios lo entregó a los discípulos, diciendo: Id y enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

15. Se adhiere a la fe de Rímini.---«Nunca he predicado dos dioses: pues no hay dos padres, para que se digan dos dioses, ni dos hijos; sino un hijo de un padre, solo de solo, Dios de Dios, como está escrito: Un Padre Dios de quien son todas las cosas, y un Señor Jesucristo por quien son todas las cosas: por lo cual también predicamos una deidad. Todas las herejías, por tanto, que vienen contra la fe católica, siempre han sido condenadas y anatematizadas por los obispos católicos reunidos, especialmente al reunirse en Rímini, y desde allí las condenamos. Pero la fe católica y de los Evangelios, que los Apóstoles transmitieron, esta hemos guardado fielmente. Para que vuestra piedad conociera más verdaderamente lo que se hizo en el concilio de Rímini, lo he enviado, y pido que se ordene leerlo con agrado: así vuestra Serenidad conocerá que quienes ya hace tiempo fueron depuestos, esto es, Hilario y Eusebio, se esfuerzan por hacer cismas en todas partes. Pues lo que bien de las santas Escrituras ha sido expuesto para la fe católica, vuestra piedad verá que no debe ser revocado.»